

¡HOMBRE AL AGUA!



La semana pasada, recibíamos la noticia de una extraña muerte acaecida en la mar; uno de esos accidentes que los medios de comunicación generalistas ni comprenden ni investigan. Tras leerlos, siempre dejan la sensación de que en la mar las cosas pasan porque sí, dado que los navegantes somos una especie de aventureros inconscientes que estamos dispuestos a jugar nos la vida cada vez que embarcamos; y nada está más lejos de la realidad.

La navegación en barcos de recreo es una actividad segura, a nada que te hayas tomado la molestia de aprender a moverte en ellos. Y no estoy hablando de obtener estúpidos títulos que no sirven para nada; bueno, son estupendos para que los amiguetes de la Marina Machacante ganen algo montando escuelas y chiringuitos. Los países de nuestro entorno, por ejemplo Francia, Inglaterra u Holanda, a pesar de no ser necesarias las titulaciones para la navegar por placer, presentan cada año unas estadísticas de accidentes que no llegan a la tercera parte de los que se dan en nuestras costas, y eso, sin duda, quiere decir algo.

En nuestro país, como en tantos otros temas, nos empeñamos en teorizar, en soltar rollos matemáticos y físicos para cosas que hoy hacen los GPS y las calculadoras. Para aprender a navegar solo hay que salir a la mar con gente que sabe, leer libros sobre el tema y observar mucho la mar. El accidente de la semana pasada, si es verdad que se produjo de la forma que han contado, solo demostraría la imprudencia de una gente irresponsable. Algunos creerán que navegar de Barcelona a las Baleares en un velero de diez metros es poca cosa, pero cuando, como en ese día, sopla un viento de 25 nudos, la cosa se puede complicar: no porque la intensidad sea demasiada, sino porque a partir de 20 nudos es cuando por lo general se producen los accidentes: el material se pone a prueba, lo mismo que nuestros conocimientos, y si ni tú ni el barco estáis preparados, viene la catástrofe. En verano se hace a la mar demasiado dominguero que, por desconocimiento, menosprecia las miles de consecuencias derivadas de sus cambios de humor.

En meteorologías de ese tipo se hacen imprescindibles las líneas de vida –unos cabos anudados a lo largo del barco en los que se engancha el arnés de seguridad-; sólo atado a él debes moverte por el barco. También es cuando la preparación física, el equilibrio y el saber desplazarse por un objeto vapuleado se ponen de manifiesto. Y, a pesar de ello, puedes sufrir un accidente, aunque las posibilidades serán menores cuanto más amplios sean tus conocimientos; pero sobre todo tu experiencia.

Cuando se navega con otra persona que no sabe nada de barcos, antes de zarpar, hay que darle unas mínimas enseñanzas para el caso de que el marino experto pueda caer al agua: cosas tan básicas como aproar el velero para que se pare, lanzar el aro salvavidas y arriar las velas, o al menos

dejarlas flameando. En cuanto sube el viento se hace imprescindible el arnés de seguridad, pues tu vida depende de esa prevención. En las miles de millas que he navegado solo con mi mujer jamás he dejado de llevar el arnés en cuanto el viento ha subido de diez nudos. Hay que ponérselo por uno mismo, pero también por la seguridad de esas personas que llevas embarcadas y que no tienen experiencia. Salir a navegar es disfrutar, pero sin olvidar nunca el poderoso medio en el que estás inmerso.

Recuerdo una vuelta al mundo en la que participaban los españoles a bordo del Fortuna, y lograron recuperar a unos de sus tripulantes que había caído al Índico Sur en medio de un temporal de fuerza 9. Fue un acto extraordinario que algunos llamaron milagro, aunque en realidad se pudo llevar a cabo gracias a la preparación de nuestros navegantes y al concienzudo entrenamiento de ¡hombre al agua! que habían practicado cientos de veces. Lo que demuestra que en la mar sólo la experiencia y los conocimientos prácticos son los auténticos aliados del marino. Ni los impedimentos administrativos ni las cientos de majaderías que se inventa nuestra torpe y nefasta administración de la mar para tratar de protegerse sirven para otra cosa que no sea limitar nuestra libertad, y por consiguiente privarnos de la posibilidad de experimentar y aprender de verdad.